

LIBIA 2012, HACIA LA INCLUSIÓN

43

DICIEMBRE
2011

Juan Garrigues Investigador Principal, CIDOB

Mientras los egipcios participaban en la primera vuelta de las elecciones parlamentarias en un contexto de tensión creciente entre el consejo militar y los manifestantes en las calles, un tipo muy diferente de protesta tenía lugar en la propia plaza de Tahrir en Trípoli. El 7 de diciembre, la plaza Mártir se llenó de cientos de manifestantes (entre ellos muchos policías) llevando carteles en los que se leía “por una Trípoli sin armas”. Los manifestantes no coreaban slogans contra las autoridades de transición, como ha sido el caso recientemente en Egipto y en Túnez, sino contra las *qatibas* (milicias armadas) que aún patrullan las calles de las ciudades libias.

La protesta, pese a no ser muy grande, es una clara ilustración tanto de lo diferente que ha sido la revolución libia de otras de la región como la de Túnez y Egipto, como también de lo diferentes que son los desafíos que Libia está afrontando. Tras un conflicto de ocho meses que ha afectado la mayor parte de la pequeña población libia de 6.5 millones, el principal reto a corto plazo no es asegurarse de que aquellos que ocupan la autoridad legal actúen con responsabilidad, sino que los cientos de milicias armadas que aún patrullan las calles entreguen las armas.

Más allá de las muchas muestras de alegría tras la caída del régimen de Muammar Gaddafi, algunos están preocupados.

En Trípoli, en las últimas semanas, se han producido enfrentamientos armados entre milicias. El gobierno de transición ha fijado fechas límite para que las milicias abandonen la ciudad, pero han sido ignoradas. A lo largo y ancho del país estos grupos armados semiautónomos controlan las calles. El aviso del anterior primer ministro interino Mahmoud Jibril de que Libia corría el riesgo de pasar de una “confrontación nacional al caos” y de que se podría pasar a una “lucha política sin límites” todavía está lejos de ser una realidad pero parece más cerca que unas semanas antes.

Los libios por lo general confían en el sentido común de la mayoría de milicias y creen que, en su momento, entregarán las armas, pero la lucha entre autoridades de transición y milicias revela una realidad más preocupante para la transición libia. Según las palabras de un líder juvenil de Misrata que prefería permanecer anónimo: “el mayor problema hoy por hoy es que aquellos que tienen autoridad legal (los políticos)

no tienen poder, y la gente que no tiene autoridad legal (líderes de la milicia) tienen todo el poder”.

Libia, por lo tanto, empieza un tipo de transición a la democracia diferente, una transición postconflicto en el que el poder está muy fragmentado. Los principales desafíos de una transición como ésta son evidentes: será difícil aplacar los distintos intereses de muchos actores locales armados que cuentan con

El fragmentado postconflicto de la transición libia presenta múltiples retos pero también refleja, a diferencia de lo que ocurre en Túnez y en Egipto, que la revolución ha sido un asunto verdaderamente nacional.

Un contexto singular de nacionalismo, localismo e islamismo definirá una lenta transición en la que actores locales, nacionales e internacionales deben ser prudentes.

La hasta ahora cautelosa actitud de los gobiernos de transición debe ser reemplazada por una mentalidad más ejecutiva que incluya actores locales en las tareas de construcción del Estado.

Si los retos de seguridad, sobre todo el desmantelamiento de las milicias, pueden superarse, y se avanza en la creación de instituciones sólidas y representativas, Libia todavía puede convertirse en una historia de éxito social y político para la región.

altos niveles de legitimidad local a partir de su rol en la revolución, pero hasta que esto no se produzca el gobierno de transición, no electo, tendrá difícil ganarse el respeto de los libios.

Pero el actual contexto fragmentado de la transición postconflicto libia también refleja algo positivo: a diferencia de Túnez y Egipto, la revolución ha sido un asunto verdaderamente nacional. Así como la fragmentación del poder es un reflejo de la alta implicación de la población en el conflicto, también responde a la implicación de casi todos los libios en su revolución. Durante el conflicto, y a pesar de la rápida desintegración del ejército, casi no hubo saqueo de la propiedad privada y la población local trabajó unida para que los servicios básicos se restablecieran pronto.

Por lo general los libios están convencidos de que su transición a la democracia conseguirá que los distintos grupos superen sus diferencias. Un contexto singular de nacionalismo, localismo e islamismo definirá una transición en la que todos

El actual contexto fragmentado de la transición postconflicto libia también refleja algo positivo: a diferencia de Túnez y Egipto, la revolución ha sido un asunto verdaderamente nacional

los actores involucrados (locales, nacionales e internacionales) deben andar con cuidado y trabajar juntos para crear una Libia unificada de la que todos los libios se sientan orgullosos. Hay signos esperanzadores. El 22 de diciembre, el presidente del Consejo de Transición Nacional (CTN) Mustafa Abdel Jalil anunció que incluiría entre ocho y nueve “revolucionarios” en el CTN y que aceptaría candidaturas de milicias para el puesto de comandante en jefe del ejército nacional.

La transición libia llevará tiempo. El vacío institucional que existe en Libia tras 42 años de Jammahiriya (estado de las masas) es inmenso. Mientras la gente deja atrás las celebraciones por el fin del régimen despótico de Gaddafi y empieza a centrar su atención en los beneficios de vivir en una democracia efectiva y responsable, las autoridades de transición ya tienen que hacer frente a las crecientes demandas de los libios. Pero si la construcción del Estado pasa a ser una prioridad nacional y se ponen en marcha los sistemas adecuados e instituciones funcionales, Libia podría muy bien convertirse en una historia de éxito para las transiciones democráticas del mundo árabe.

Nacionalismo, localismo e islamismo en aumento

La caída del régimen de Gaddafi tras un conflicto brutal de ocho meses ha desatado una serie de intensas emociones entre los libios. Es difícil imaginar el estado psicológico en el que muchos libios se encuentran no sólo por los efectos del conflicto sino también por la exigente adaptación al cambio que significa librarse de un sistema opresivo que duró 42 años. Libios de todo tipo expresan un cúmulo de sentimien-

tos dispares que incluyen alivio, alegría, miedo, euforia e incluso también agotamiento.

Una señal clara de estas distintas emociones son las corrientes simultáneas de nacionalismo, localismo e islamismo que el país está experimentando. Mientras a primera vista estas corrientes pueden parecer mutuamente excluyentes, en la Libia de hoy todas ellas definen este periodo crucial de transición democrática.

El orgullo nacional es el sentimiento que se hace más evidente al llegar a la nueva Libia. La gente ondeando la nueva bandera libia (recuperada de los años de la monarquía Sanusi, 1951-1969) es aún una imagen frecuente, como lo es el grito de “Libia al-hurra” (Libia libre). Si se les pregunta, los libios rechazan cualquier posibilidad que el país se divida en las tres regiones históricas de Tripolitania, Cirenaica y Fezzan. Especialmente para la juventud (uno de cada tres libios se hallan por debajo de los quince años según el censo de 2006), las antiguas lealtades regionales basadas en estas regiones históricas parecen haber caído.

De modo similar, las tribus libias no parecen ser fuerzas políticas de gran influencia. Mientras las lealtades tribales son todavía importantes en los pueblos pequeños, en

un país donde aproximadamente el 80 % de la población es urbana, éstas se han ido disolviendo en gran parte gracias a la movilidad interna, el matrimonio mixto y a las cuatro décadas de política tribal Gadafista de “divide y vencerás”. Según un abogado de derechos humanos libio: “En Libia tenemos tribus pero no somos tribales.”

La tendencia más importante en Libia es, claramente, el localismo. En este contexto, el localismo, en oposición al regionalismo, se refiere a la gente identificándose y organizándose a nivel local. En las ciudades, los habitantes se organizaron en milicias armadas a nivel de barrio (unas 120 sólo en Misrata). El orgullo de la gente por el rol específico de su barrio es evidente, como se aprecia en los muros repletos de graffiti de estas ciudades, llenos de referencias a milicias armadas propias de cada barrio.

La naturaleza descentralizada de la revolución y del conflicto ha jugado un rol clave en la creación de este sentimiento localista. El papel de Bengasi como chispazo que encendió la revolución, la épica lucha civil de Misrata y el rol estratégico de Zintan en el último tramo del conflicto resultan en el convencimiento de que dichos roles ahora merecen una recompensa en la redistribución del poder.

La emergencia del islamismo también se ha hecho evidente. Los libios y los que llevan tiempo observando Libia insisten en que la gente es más devota que antes del conflicto y que el ahora omnipresente grito de “Allu Akbar” es algo nuevo. La emergencia del islamismo puede explicarse en parte por la creencia libia de que sus plegarias fueron atendidas y que la “gracia de Dios” les permitió superar las adversidades y

derrocar finalmente el régimen. Las llamadas de las mezquitas para el *takbeer* el 20 de agosto -una señal para tomar las calles el día que Trípoli fue liberado- se añade al rol simbólico e instrumental del Islam en la revolución.

Pero hay explicaciones de raíz más profunda. Pese a la retórica antiimperialista basada, entre otras cosas, en la importancia del Islam, Gaddafi implantó políticas seculares durante todo su reinado y arrestó o envió al exilio a cientos de islamistas. Es en este contexto que deben entenderse los comentarios populistas públicos sobre la nueva constitución basada en la *sharia* realizados por el presidente del CNT Mustafa Abdel Jalil. En el contexto actual, el secularismo está asociado al régimen opresivo de Gaddafi, mientras que el islamismo se asocia con la voluntad libre de la calle árabe.

Recientemente, gran parte de la atención de los medios occidentales se ha dirigido hacia la emergencia de fuerzas políticas islamistas en la región, con sus partidos ganando elecciones en Túnez, Egipto y Marruecos. Libia no será una excepción. Ramas locales de los Hermanos Musulmanes se están reorganizando con rapidez y el clérigo Ali Sallabi y el comandante del Consejo militar de Libia y antiguo emir del Grupo de lucha islámica de Libia Abdul Hakim Belhaj son, a todos los efectos, dos de los hombres más poderosos la Libia de hoy.

Ninguno de ellos figura sin embargo entre en los nombramientos ministeriales recientes del primer ministro del gobierno de transición, Abdul Rahim el-Keeb. Las fuerzas localistas han dominado este proceso, y los islamistas han sido claramente marginados. Con la legitimidad del CNT cuestionada desde el principio por su favoritismo hacia Bengasi, el-Keeb (él mismo originario de Trípoli) otorgó los importantes puestos de ministro Defensa y ministro del Interior a dos poderosas figuras de Misrata y Zindan respectivamente, dos ciudades centrales en el desenlace del conflicto.

Por el momento, nacionalismo, localismo e islamismo seguirán coexistiendo en Libia. En una entrevista del 9 de diciembre en el Washington Post, el clérigo Ali Sallabi respondió a la cuestión de la posición de los partidos islamistas en Libia declarando que "nuestra opinión es más patriótica que islámica." Sallabi, que encabezó la campaña para echar al anterior primer ministro del CTN Mahmoud Jibril, sabe que muchos libios no aceptarán un discurso puramente islamista. Aunque algunos puedan dudar de la moderación de Sallabi, el discurso actual de los islamistas a favor de un Islam nacionalista moderno inspirado por el partido turco AKP parece ser el modelo en que se ven reflejadas las aspiraciones de la mayoría de libios.

La lucha por la legitimidad

A las autoridades de la transición libia se les ha asignado un rol difícil. Más allá de la preocupación por la legitimidad de la toma de decisiones por parte de individuos no electos, el

CNT y el gobierno de transición también tienen que lidiar con la fragmentación del poder entre varios actores locales y la falta de capacidad de implementar o reforzar decisiones debido al vacío institucional que existe tras 42 años de régimen de Gaddafi.

Durante el conflicto, el CNT estaba activo, entre otras cosas, creando un equipo de estabilización que asegurase que los servicios básicos seguían en funcionamiento. A partir del final del conflicto, las decisiones de las autoridades de la transición se han guiado por la precaución, reacias a tomar decisiones sin haber alcanzado un consenso. Ello ha significado a menudo reuniones improductivas que frustran a muchos actores locales e internacionales. Pero la precaución ha sido la regla hasta ahora.

Un ejemplo ha sido la reticencia del CNT a aceptar una afluencia masiva de fondos congelados. Mientras existe, por supuesto, una demanda de fondos para pagar salarios y servicios básicos, a puerta cerrada algunos oficiales libios ex-

En el contexto actual, el secularismo está asociado al régimen opresivo de Gaddafi, mientras que el islamismo se asocia con la voluntad libre de la calle árabe

presan su preocupación de que, como oficiales no elegidos, el gobierno de transición no está legitimado para asignar un flujo de hasta 160 mil millones de dólares. Otro asunto importante es lo que la experta en Libia Alison Pargeter llama "la rutina de la corrupción". Después de años de soborno endémico y corrupción alimentados por los vastos recursos naturales de Libia, hay que prestar mucha atención para que el nepotismo y el clientelismo no sean recreados, esta vez a favor de un grupo distinto de actores.

El CTN también ha adoptado una actitud responsable y pragmática hacia cuestiones que han demostrado ser divisorias en otros escenarios de postconflicto. Las autoridades de la transición han permitido a la mayoría de gente permanecer en sus posiciones en los ministerios y otras instituciones estatales bajo la máxima de que sólo "aquellos que tengan las manos machadas de sangre" perderían sus trabajos. Conscientes de los desastrosos efectos de la política de *des-Baathificación* que privó a Irak de una generación entera de servidores públicos y exacerbó las divisiones internas, los gobiernos de transición han optado hasta la fecha por un enfoque incluyente.

Las autoridades provisionales han sido sin embargo menos sensibles en otros aspectos. Sorprendentemente, todavía no se ha hecho pública una lista completa de los miembros del CTN pese a las quejas surgidas a partir de su creación, que consideran que su composición está sesgada a favor de Bengasi. Mientras inicialmente dicho secretismo tenía sentido por el temor a represalias contra las familias de sus miembros, más de dos meses después de la muerte de Gaddafi tal falta de transparencia es inaceptable. El 12 de diciembre, manifestantes en Bengasi reclamaron el final de esta falta de transparencia. Fred Abrahams, un oficial senior de Human

Rights Watch, se quejaba de que “no sabemos cuándo se reúnen, qué están discutiendo y algunas de las nuevas leyes no son accesibles al público”. La protesta debería servir como aviso de que la euforia posrevolución se está agotando.

Priorizando una construcción inclusiva del Estado

La agenda electoral prevé la elección de una Asamblea Constituyente para junio de 2012 y elecciones parlamentarias y presidenciales para finales de la primavera de 2013. Un año y medio es un largo periodo para posponer decisiones. Tal como muestran las manifestaciones populares en Túnez y Egipto, la gente pide un cambio decisivo e inmediato hacia los principios de dignidad y justicia que han inspirado las revoluciones en marcha en el mundo árabe.

Libia tiene que avanzar ahora hacia una nueva fase en la que se deben dar los pasos hacia la construcción del Estado. Las autoridades de la transición, hasta la fecha comprensiblemente precavidas, necesitan ser reemplazadas por una mentalidad más ejecutiva, entre otras cosas, porque –como escribió Nicolas Penham en el *New York Review of Books* el 29 de septiembre– “cuanto más tiempo los líderes civiles libios duden si aparecer

Conscientes de los desastrosos efectos de la política de des-Baathificación que privó a Irak de una generación entera de servidores públicos y exacerbó las divisiones internas, los gobiernos de transición han optado hasta la fecha por un enfoque incluyente

o no, mayor será el riesgo de que otros ocupen el vacío político”. Las autoridades provisionales deben por lo tanto trabajar duro para poner a los actores locales en primera línea del proceso de construcción del Estado.

Una de los principales retos será hacer que trabajen juntos diferentes actores con diversos *backgrounds* e intereses. Tal como avisó Wolfram Lacher, en esta nueva fase tecnócratas del régimen de Gaddafi, familias aristocráticas que dominaban Libia durante la monarquía (1951-69) y comandantes de la revolución tienen que aprender a coexistir y a trabajar juntos. Éste será el desafío para el actual liderazgo político elitista, particularmente cuando negocien con actores islamistas y comandantes de la milicia, ya que un fracaso en la cooperación podría ser desastroso.

Una respuesta pragmática, caso por caso, que incorpore actores relevantes en la toma de decisiones es, por tanto, lo que se requiere en Libia hoy. Consciente de la urgencia de avanzar hacia el objetivo lejano de restablecer el monopolio del Estado sobre el uso de la violencia, el gobierno de transición y algunos actores locales han empezado a trabajar juntos para tratar temas urgentes de seguridad. Mediante un Comité Supremo de Seguridad que lidia con los consejos locales militares, se están haciendo algunos esfuerzos para captar combatientes milicianos para un ejército nacional y una fuerza policial. La reciente

invitación del presidente del CNT a incluir comandantes de la milicia en el CNT y en el ejército nacional podría ser un paso significativo para un progreso más sustancial.

El problema, sin embargo, es que la mayoría de las milicias son aún reacias a entregar sus armas. Quieren saber a quienes están dando sus armas y el ejército nacional –que fue mantenido débil a propósito por Gaddafi y rápidamente desintegrado durante el conflicto– aún no está considerado un cuerpo respetado. Por el momento, muchas milicias prefieren mantenerse unidas y asumir las responsabilidades políticas en sus propios barrios. Muchos jóvenes, que se unieron a las milicias durante el conflicto, han regresado a sus trabajos o estudios universitarios, pero conservan sus armas y patrullan las calles.

El International Crisis Group ha hecho un llamamiento para que se encuentre un equilibrio en el que “las autoridades centrales deben actuar, pero no en detrimento de las contrapartes locales”. Tanto los programas de desmovilización, desarme y reintegración (DDR) realizados a nivel local, como un proceso legítimo a nivel nacional para crear un ejército nacional y una policía fuertes, deberían acompañar este proceso. Un ejemplo a evitar es el de Afganistán, donde se gastaron miles de millones de fondos internacionales en fuerzas que en ningún caso repre-

sentan la realidad étnica de la población del país, convirtiéndolas así en ilegítimas en gran parte del país. En Libia habría que trabajar para que las diferentes regiones y ciudades estén bien representadas.

Muchas decisiones importantes relacionadas con instituciones cruciales siguen

pendientes. Entre otras, un justo y eficiente sistema judicial, sustentado por una policía civil y un tribunal civil, sería un elemento clave para que la población sintiera que los ideales de la revolución están siendo respetados. También es indispensable ocuparse de la justicia y la reconciliación nacional en las ciudades asociadas al régimen del Gaddafi como Sirte y Tawergha, donde los residentes temen volver a sus casas por miedo a represalias. Las autoridades de transición y los actores locales deben trabajar juntos para avanzar en todos estos frentes de construcción nacional mientras el nacionalismo y la posrevolución siguen en alza. El objetivo a corto plazo es que hasta que las elecciones parlamentarias y presidenciales no se celebren en 2013, se puedan alcanzar precondiciones que la ONU propugna, como son el restablecimiento del orden público y de la confianza en la imparcialidad de la policía.

Antes de entonces, habrá que afrontar dilemas y cuestiones difíciles, por ejemplo cuando los encargados de redactar la Constitución decidan qué tipo de sistema político implantar. En el contexto fragmentado actual, cuando algunos en ciudades como Misrata reclaman un estatuto especial autónomo, parecería inevitable instaurar un sistema descentralizado que reconociese las necesidades e intereses específicos de las distintas regiones y ciudades. Un sistema como éste también debería servir para redistribuir con justicia los ingresos del petróleo en un país donde la mayoría de las reservas se concentra en el Este

pero la mayor parte de la población está en el Oeste. Esto, más que cualquier otra cuestión, definirá la buena disposición de los principales grupos de poder para aceptar los nuevos sistemas e instituciones que se implantarán en los próximos años.

La autoridad de transición parece sensible a estas preocupaciones. El 13 de diciembre, el CTN anunció que varios ministerios se reubicarían fuera de Trípoli. Entre otros, Bengasi pasaría a ser un centro económico, con los ministerios del petróleo y económico localizados allí, el ministerio de las finanzas se situaría en Misrata (donde Gaddafi creara en su día una zona franca) y el ministerio de cultura estaría en la ciudad oriental de Darna. Estas decisiones simbólicas son importantes y deberían servir para consolidar conexiones con el gobierno de transición en Trípoli.

El complicado aterrizaje de los actores internacionales

Libia ha sido siempre un país de difícil navegación para los actores internacionales. Como ha observado el experto en Libia Dirk Vandewelle, mientras Libia necesita *expertise* extranjero, los actores internacionales tienen poca influencia en la práctica debido al surplus de capital proveniente del petróleo con que el país puede contar. En el contexto actual, el orgullo de los libios por gestionar la transición a su modo les ha llevado a veces a contrariarse con diferentes actores internacionales. En la práctica, algunos de estos actores internacionales están apoyando actores políticos específicos a riesgo de exacerbar divisiones internas, mientras que otros, en la práctica, están marginados.

Pese a las inmensas oportunidades de negocio en gas y petróleo en Libia, Estados Unidos y los países europeos se sienten incómodos en sus negociaciones con las autoridades de transición. Conscientes del orgullo libio y del recelo local con respecto a los intereses occidentales tras muchos años de apoyo al régimen de Gaddafi, la mayoría de los países aún trabajan con delegaciones y presupuestos relativamente pequeños. Por su parte, la ONU desoyó algunas voces para una misión de paz más amplia, y opera desde una pequeña oficina política (UNSMIL) centrada en cuestiones técnicas clave como las elecciones, la confección de la constitución y la implementación de la DDR. La UE ni siquiera ha abierto oficina en Trípoli, y sus escasos representantes aún trabajan oficialmente bajo la dirección de la oficina de Túnez. Una vez dotada la oficina prevista, el trabajo de la UE estará limitado a soporte técnico en las fronteras, promoviendo inversión en el sector privado y apoyo a la sociedad civil.

La UE, sus estados miembros y otros países occidentales han tenido generalmente poca influencia. Cientos de organizaciones de la sociedad civil libia, nacidas mayormente a raíz del conflicto, expresan abiertamente su frustración con los países occidentales y organizaciones internacionales que ofrecen un

apoyo retórico pero no pueden dar apoyo financiero a iniciativas que valgan la pena por culpa de impedimentos burocráticos. Quizá en compensación por estas deficiencias, la UE ha decidido aprobar la Dotación Europea para la Democracia para “ayudar a los partidos políticos, ONG no registradas y sindicatos y otros agentes sociales”.

Los países del Golfo, sobre todo Qatar, no tienen los mismos impedimentos burocráticos y han estado activos a lo largo del proceso. Después de entrenar y armar fuerzas rebeldes durante el conflicto (violando el embargo de armas de la ONU), Qatar ha estado omnipresente en la fase de postconflicto no sólo firmando cheques para organizaciones de la sociedad civil sino también promocionando estaciones de radio y canales de televisión vía satélite.

Mientras los libios reconocen el importante rol que Qatar jugó en la revolución, para muchos su apoyo está derivando rápidamente hacia una intromisión interna. Se dice que el comandante de brigada de Trípoli Belhaj está pagado directamente por Qatar al igual que Ismail Sallabi, comandante de la Brigada 17 de Febrero con base en el Este y hermano del clérigo Ali Sallabi, radicado durante algunos años en Doha. La reacción pública más enérgica ante el papel actual de Qatar en Libia vino del

Consciente de la urgencia de avanzar hacia el objetivo lejano de restablecer el monopolio del Estado sobre el uso de la violencia, el gobierno de transición y algunos actores locales han empezado a trabajar juntos para tratar temas urgentes de seguridad

embajador libio de la ONU, Abdel Rahman Shagman, quien declaró en una entrevista a Deutsche-Welle el 3 de noviembre: “No descarto que Qatar esté estableciendo un partido Hezbolá en Libia. No queremos la interferencia de un país extranjero.”

Por el momento, más vale que los actores internacionales mantengan un perfil bajo mientras se ganan la confianza de los ciudadanos libios y de sus líderes. Sólo con esta confianza serán capaces de contribuir con lecciones aprendidas y conocimientos técnicos en áreas importantes como la administración local, el imperio de la ley y eventualmente poniendo las fuerzas de seguridad bajo control civil.

Creando una nueva “mentalidad libia”

Al ser preguntados, la mayoría de libios consideran que el mayor reto de su país está en lo que llaman la “mentalidad libia”. Pese a la terrible opresión del régimen de Gaddafi, Libia tenía el Índice de desarrollo humano (IDH) más alto del continente, situado en el puesto 53 a nivel global antes del conflicto. Tras cuarenta años de contrato social basado en que los libios recibían importantes subsidios para todas sus necesidades básicas (sobre todo comida y fuel) a cambio de su sumisión al régimen, algunos libios son conscientes de que muchos de sus compatriotas no están acostumbrados a asumir responsabilidades y

trabajar duro. Si acaso, con el fin de un régimen corrupto, muchos libios pueden esperar ahora trabajar menos y recibir más de un estado distributivo que empleaba alrededor del 75% de la población.

Se precisa una nueva mentalidad en esta fase crucial de la construcción del Estado. Los retos a corto plazo de la disolución de las milicias y de la creación de instituciones de seguridad de nivel nacional requerirán una actitud constructiva por parte de muchos libios de diferentes estratos socioeconómicos, que deben trabajar juntos para construir una nueva Libia. De no menor importancia será la creación de una economía moderna y diversificada, con espacio para pequeñas y medianas empresas del sector privado.

Este sentido dominante de orgullo y propiedad de la revolución tras ocho meses de conflicto debería ayudar a contener las inevitables luchas de poder que ahora se están produciendo. Si los libios y sus líderes asumen una visión constructiva en esta fase importante de su transición a la democracia y evitan más conflictos armados, hay muchos motivos para el optimismo en Libia. Las reservas de petróleo del país (las mayores en África) y su homogénea configuración étnica y religiosa (97% de musulmanes sunníes) ahorrarán al país algunas fuentes de tensión y desafíos hoy presentes en Egipto, Túnez y otros países de la región. Aunque sin duda nuevos problemas aparecerán en el camino, en esta fase crucial, no es irrealista esperar que Libia se convierta en una historia de éxito social y político muy útil para la región.